

PASTORES EN NOCHEBUENA

José María Pemán.
de la Real Academia Española.

Después de las autorizadas palabras del Papa, que nos confortan, queremos reproducir aquí la descripción que uno de los mejores escritores contemporáneos, José María Pemán, Presidente de la Real Academia de la Lengua, hace del impacto que hoy día sigue produciendo en los sencillos el recuerdo de la noche de Belén. (1)

El pastor es un tipo humano que ha tenido siempre buena literatura. Interviene a menudo en las Sagradas Escrituras. Tienen su novela y su poesía "pastoril". En estos géneros suelen intervenir unos pastores optimistas que hablan de amores de un modo rebuscado y elegante. Ahora el pastor incluso tiene algo más: tiene su monumento. En una serranía española han levantado un "monumento al pastor". Es verdad que en alguna otra parte van a levantar un monumento a la vaca. El cerdo también proyectan algunos monumentalizarlo. Y los aficionados a la montería hablan de levantar una estela al jabalí La Humanidad, harta de levantar estatuas a alcaldes, ministros y soldados, se dedica a levantarlas, con menos riesgo, a estos seres inalterables que pertenecen todos al mismo partido y no sufren turnos ni vaivenes. No parece que ningún hombre futuro apedree ni derribe, por cuestiones de color, el monumento a la vaca.

Probablemente, esta utilización literaria y artística del pastor proviene de su misma manera solitaria y peculiar de vida. El pastor está colgado entre cielo y tierra en los picos silenciosos, y se le puede atribuir más fácilmente lo que se quiera. Cuando Garcilaso escribía "el dulce lamentar de dos pastores", no había visto probablemente ningún pastor; como tampoco los cortesanos que le leían y que jamás habían oído las palabrotas con que éstos suelen lamentarse. Pero, poco a poco la literatura, como la civilización, va invadiendo y explorándolo todo. Estos pastores de mi relación de hoy son ya "tremendistas". Se afeitan los sábados y no hablan en verso ningún día de la semana. Dormían en el suelo, blanqueado de sábanas de escarcha, envueltos en sus gruesos capotes. Cuando, de pronto, se oyó una voz que decía: "Sabed que os traigo una nueva que será de grandísimo

gozo... ¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!"

Entre el sopor de un sueño pesado de alubias y garbanzos, "comida extraordinaria" de su patrono demócrata social, Mingo —de nombre entero Domingo Fernández; de mote "el Fantástico"— abrió premiosamente medio ojo derecho:

—¿Ha vuelto a venir?

Pascual remachó:

—Ya decía yo que se estaba acabando la gasolina de eso de la paz y el amor. Había que rellenar otra vez el depósito. Tenía que volver.

En realidad no ocurría ningún prodigio. Lo que pasaba es que el progreso, lo mismo que la literatura, había escalado también las cimas pastoriles. Lucas tenía un "transistor". Se lo había regalado su novia que no se llamaba Flérida ni Galatea, sino Pepa Sánchez. El "transistor" transmitía, sin duda, algún sermón o emisión religiosa. Lucas accionó bajo el capote la ruedecita del aparato en busca de nuevas estaciones. La palabra "paz" seguía reinando en todas ellas. Hablaban de próximas reuniones en la cumbre para asegurar la paz; de la firma de un Tratado de paz con Alemania; de que iban a tirar varias bombas de muchos "megatones", pero con fines de paz; de que el "rearme" es el mejor aseguramiento de la paz. Las emisiones eran de Washington, París, Budapest, Moscú.

—Sin duda son los "hombres de buena voluntad", que ya responden al llamamiento... —comentó Mingo.

Pero Pascual siguió dándole a la ruedecita. Un "hombre del tiempo" aseguró que había un anticiclón en las Azores. Pronosticó que la noche sería regular. Era todo un símbolo. ¡La Nochebuena... regular! Todo era ahora de más moderadas proporciones. Todavía una vuelta de rueda y se oyó:

—En una chabola del suburbio del Oeste ha nacido un niño en la más extrema pobreza y necesidad. Lleadle vuestros donativos...

(1) Publicado por José María Pemán en ABC, Madrid, 21 Dic., 1961.

Era un boletín de la ordinaria emisión titulada "Buzón de caridad". Pero los pastores, apenas despiadados de su sueño, habían penetrado en plena atmósfera de maravilla. Confirmaron:

—¿Lo veis? ... Ha vuelto.

Y en seguida surgió el propósito. Había que ir. Se pusieron en pie, con alboroto, llenos de excitación.

—Pero no podéis abandonar así el trabajo ...

Era Frutos, el "enlace sindical". Se discutió el asunto. Podría conseguirse un permiso de media jornada. Frutos iría al Sindicato a tramitarlo. Sería "recuperable". Cuando amaneció todo estaba asentado sobre bases jurídicas. Empezaron la marcha. Pero, ¿qué llevarían al niño? Los "otros" habían llevado corderos, tortas y cantarillos de miel. Pero nada de esto estaba al alcance de los pastores. Decidieron pasar por una tienda de juguetes. Sobre unas estanterías se alineaban tanques, cañones, escopetas y ametralladoras de plástico.

—No parece muy a propósito todo esto para tanto anuncio de paz y de buena voluntad.

—Bueno; ya ha dicho la radio que el armamento es un modo de asegurar la paz.

—¡Misterios!

Y salieron hacia la chabola con unos cuantos paquetes llenos de inertes máquinas de guerra. Pensaron que debían de ir cantando alguna cosa apropiada. Pero no sabían ningún villancico. En su niñez habían sabido alguno, pero los habían olvidado. Apenas tenían una confusa ilustración musical de publicidad radiada. Por cumplir de algún modo con el antecedente marcharon hacia la chabola con un revuelto y desafinado canturreo donde se exaltaba una "vaca lechera" y ciertos productos para blanquear la ropa, asegurando cada uno más blancura que la competencia.

Localizaron fácilmente la chabola. Todo era pobrísimos. El niño estaba reclinado en un cajón de cerveza, improvisado en cuna. Los padres se llamaban María y José. No habían mula ni buey. Todo estaba reducido de escala y tamaño. Había otros animalillos sutiles, pequeños

y molestos. La humilde fauna de la miseria: que, como decía un pordiosero: "son mejor que nada: porque, aunque pican nos hacen sentir una compañía viva".

Estaban entregando sus juguetes cuando llegaron tres taxis. En ellos venían tres funcionarios de diferentes negociados de Beneficencia. Se bajaron. Venían vestidos de oscuro y caminaban con gravedad, llevando sus carteras bajo sus brazos. Mingo exclamó:

—¡Los Magos!

No dijo Reyes por respetar todas las posibilidades. Eran efectivamente tres representantes de la beneficencia particular, de la oficial y de la Administración. No traían oro ni incienso. Traían formularios para rellenar. José y María llenaron casillas y padrones con preguntas indiscretas que aseguraban futuras asistencias. El tercero de los funcionarios traía una orden gubernativa de abandono de la chabola. Estaba dispuesto para primero de año, un acto sociológico y espectacular. Vendrían al pueblo el director general para quemar, en purificadora hoguera, el barrio de chabolas y trasladar a los vecinos a unas nuevas viviendas protegidas. Como éstas aún no estaban acabadas, de momento, se habían habilitado dos grandes naves de un antiguo cuartel.

Como José y María no tenían para un "taxi" y la Administración no tenía esa partida prevista en presupuesto, aceptaron para el traslado el borriquillo de un vecino que vendía botijos. María iba sobre el jumento con el niño en brazos, José tiraba del ronzal. Sobre los temblores del alba que apuntaba, reproducían, a contraluz, la estampa de la huida a Egipto.

Pascual, que era el más leído de los pastores, comentaba:

—No es que ha vuelto ... Es que sigue entre nosotros. Porque al cabo, todo esto —las palabras de paz de la radio; la fiesta; el "buzón de caridad"; la Beneficencia; las casas baratas— todo esto viene de aquello.

Mingo, el más viejo, apostilló:

—Sí, es aquello mismo ... sino que un poco desfigurado.

